

Es moralmente imposible decir con verdad el número de prisioneros y fusilados que hubo, procedentes de varios puntos fuera del distrito, en diversas expediciones hechas así por Hevia como por los comandantes que le precedieron y sucedieron. Según cálculo prudente, pues se habla con variedad, ascendería á 100 el número de arcabuceados en esta villa desde que sonó en sus contornos el sagrado eco de libertad hasta el año de 1819 que volvió Hevia.

SEGUNDA EPOCA.

Independencia de Córdoba: muerte de Hevia.

Desde el aciago año de 1819 en que se sofocó del todo la revolución en esta provincia, arrastraban sus habitantes las duras cadenas que de nuevo les remachara el mas feroz de los gobiernos, hasta el de 20 en que con haberse jurado la constitucion de la monarquía española se quebrantó el primero de sus eslabones y concibieron la dulce esperanza de llegar al deseado puerto de la verdadera libertad. Con efecto, en febrero de 1821 comenzó á brillar la casi estin-

guida antorcha atizada por la mano de Iturbide, y reboseó de júbilo el corazón de los cordoveses, aumentando esta alegría la retirada de Hevia á Mexico por órden de su gobierno.

Sucedió á Hevia en la comandancia de esta villa el teniente coronel D. Miguel José Bellido. No habia un soldado en todo Córdoba, y todo parece que presagiaba el fausto decreto de nuestra libertad que en los cielos estaba escrito por el Eterno. Así es que Bellido convocó á los vecinos para que se armasen, y no quisieron ni aun los europeos llevar adelante el antiguo capricho. Comprometido el ayuntamiento por el comandante, pidió auxilio á Veracruz y vinieron 50 asturianos que daban guarnicion en el pueblo de San Antonio Huatusco. El gefe de esta tropa, teniente coronel Alcocer, recibió la comandancia de esta villa, y mandó un piquete de 20 hombres á Orizava á auxiliar á Santa-Anna, y él con los 30 restantes parecía un Bernardo del Carpio, creyendo le bastarian estos para medirselas con los mas numerosos ejércitos que condujera la águila mexicana. Cuando el dia 30 de marzo entra en Orizava la novena division: al siguiente se a-

proesima á Córdoba al mando del teniente coronel D. José Joaquín de Herrera: este intima la rendicion, y aquí es el apretarse de manos: Alcozer quiere acuartelarse hasta las moscas, suscita una junta de guerra, y despues de largas discusiones son comisionados los capitanes D. Bernardo Antonio de Herrera y D. Baltasar Bedoya para tratar de una capitulacion con el señor Herrera: este la admite adoptando el mas suave temperamento, pues deja en libertad á los capitulados para que abracen ó no el partido, con sola la condicion de que en el segundo caso le dejen las armas. Con efecto, á las diez de la primera mañana de abril se goza Córdoba independiente de Alcozer y de sus amos.

Despues de este feliz acontecimiento marchó Herrera á continuar sus tareas militares, dejando un solo piquete de guaricion, y comenzaron á presentarse muchos individuos asi de Córdoba como de sus rancherías, dispuestos todos á morir en defensa de su libertad, cuyo entusiasmo aumentó la llegada del general D. Guadalupe Victoria á esta villa, cuyo vecindario le recibió en su seno con la mayor alegría, y le obsequió como al héroe de la provincia.

A poco de haberse retirado el señor Victoria por seguir á Iturbide, se convocó una junta para tratar de la defensa de Córdoba. Todos los vecinos convinieron en tomar las armas y en disuadir al comandante D. Francisco Javier Gomez del proyecto de irse á fortificar al pueblo de San Juan Coscomatepec, como se tenía pensado para rechazar allí al coronel Hevia que dirijia su marcha sobre las villas. Tres europeos únicos que rehusaron tomar las armas, fueron desterrados á pedimento unánime del pueblo, é inmediatamente se comenzó á fortificar la villa, comisionándose al efecto á D. Antonio Guardalupuro y á D. Francisco Calatayud.

El dia 10 de mayo manifestó el cordoves su noble decision, pues habiendo corrido la noticia de que el coronel Samaniego venia por el Naranjal con objeto ó de cortar la retirada de Tepeaca á la novena division que regresaba á Córdoba, ó de atacar á esta, volaron á la plaza 250 voluntarios que se impacientaban porque no habia armas que darles para su defensa, y vieron llegar con patriótica emulacion 20 vecinos del pueblo inmediato de Amatlan de los Reyes, armados todos, á o-

frecese al comandante con su capitán nombrado por ellos mismos D. Pascual García para defender la causa comun de los americanos.

Tales eran los preparativos de Córdoba cuando llegó (día 12 del mismo) el señor Herrera con 200 infantes, compuestos de una parte de la Columna de Granaderos, otra del Fijo de Veracruz, otra de Fernando VII de Puebla, otra de Barlovento, y 100 caballos compuestos de provinciales de Puebla, dragones de España, y la compañía del capitán D. Felis Luna, é inmediatamente se encargó de perfeccionar la fortificación el teniente D. José Duran, quien habiendo trabajado con la mayor actividad tuvo la satisfacción de acabar una obra demasiado perfecta en su clase, con respecto al corto espacio como de tres días que le concedió la marcha de Hevia sobre la villa. A la fuerza de Herrera se unieron 80 patriotas decididos todos á eshalar el último aliento al pie del cañon, antes que ver á su cara patria hollada por sus enemigos. Otra porcion de vecinos para quienes no habia las armas competentes se preparaba para otros servicios tan interesantes á la vez como defender un parapeto. Y á-

nimados todos de un mismo espíritu parece que entreveian ya las glorias del triunfo sobre las terribles huestes siempre vencedoras del coronel Hevia. Asi es que llega este, se cumplen los votos de los cordoveses, y tienen la satisfaccion de referir el siguiente

DIARIO.

15 de mayo de 1821.

Rompieron el fuego las guerrillas de la division de Hevia en la barranca de Villegas al capitán Luna, quien se retiró inmediatamente por no poder resistir con sola su caballeria una fuerza de 1000 infantes y 100 caballos, un cañon de á 12, un obus, y abundante pertrecho con que dirigia su marcha sobre la villa el español. A las tres y media de la tarde se avistó este en el Matadero. A las cuatro marchó de allí con una columna de 500 hombres á la plazuela de San Sebastian. De allí destacó otra columna de 300 y se aposeñó de las casas de D. Antonio Cevallos y de D. Blas Serrano, y rompió el fuego á los parapetos números 6 y 8 hasta las siete de la noche que reinó un profundo silencio.

A las cuatro de la mañana ya estaba situado en San Sebastian un obús sobre la plaza: aparecieron algunas trincheras de tercios de tabaco en las calles, y comenzaron á batar la casa de D. Manuel Torre: abrieron brecha con el cañon de á 12, é intentaron asalto por allí mismo á las cinco y media de la mañana con dos compañías de preferencia, y fueron rechazados. Hevia se irritó demasiado, mandó derribar á cañonazos la casa de la botica; y como no recibiese mayor daño á los dos ó tres tiros, hizo retirar al artillero, se puso á dirigir él mismo la puntería, y en esta accion recibió un tiro de fusil en la sien izquierda y le salió la bala junto á la oreja derecha. Se observó por los de la plaza un profundo silencio sin saber á qué atribuirlo. (*) Sucedió á Hevia en el mando el teniente coronel D. Blas de Luna, y á la media hora comenzaron á echar camisas embreadas á la casa de Torre para incendiar toda la manzana, lo que

(*) Hasta el día siguiente no se tuvo noticia en la plaza de este suceso.

consiguieron, excepto una casa de la acera que tocaba en las trincheras, la cual fué defendida por la actividad de D. Francisco de la Llave y el capitán D. José Velazquez, quienes á mas de la defensa que hacían con las armas, animaban á los zapadores para impedir que el fuego se comunicase á la plaza. Siguió el ataque vigorosamente dia y noche sin intermision.

Dia 17.

A las tres de la mañana, no habiendo ya fuerza competente para cubrir los puntos á causa de lo muy fatigado de la tropa, dispuso el comandante de la plaza que se desmontasen 40 dragones para reforzar los números 7 y 8 como se verificó, encargándose del 8 por donde cargaban mas los españoles, el capitán Velazquez.

Hoy intentaron incendiar la manzana siguiente, comenzando por la botica que ardió toda, y su esquina acabó de ser derribada por la artillería, apurando los fuegos para dar el segundo asalto, que lo verificaron de dove á dos de la tarde, y fueron completamente rechazados por la misma botica, por las paredes de la

manzana incendiada el día anterior, y por el parapeto de cal y canto número 8 que arrasaron completamente y fué repuesto con saquillos de tierra y tercios de tabaco.

Al mismo tiempo eran acosados en el egido por la caballería, pues habiendo dispuesto el comandante de la plaza que los atacasen por retaguardia en su puesto, así se verificó; y el comandante español destacó á aquel punto 200 hombres. Los independientes, visto esto, hacen una retirada falsa: la tropa avanza hasta la loma de las carreras: de allí vuelven caras sobre ellos, y el capitán Luna los pone en precipitada fuga con 20 flanqueadores: Luna va ciego hasta quererlos tomar de las fornituras; mas repentinamente se rehacen los españoles: vuelven sobre él, y apenas puede escapar valido de su alazan. Todos habrían sido prisioneros si el sargento mayor Villamil que mandaba la caballería americana no hubiera abandonado al impávido Luna mandando hacer alto cuando puntualmente dejaban el campo sus contrarios.

Los que atacaban la plaza suspendieron el fuego como por dos horas, y continuaron despues con el mayor

vigor toda la tarde y noche, en que atacaron á los números 6, 7, 8, 9, 10, 11 y las manzanas incendiadas, intentando varias veces nuevos asaltos ya por una, ya por otra parte hasta el

Día 18.

A las ocho de la mañana empezaron á aflojar los fuegos, y perdieron la esperanza, pues ni las granadas dirigidas á la plaza con tanto acierto, ni las balas de á 12 que hacían bastante estrago en la torre de la parroquia, ni los repetidos asaltos por las trincheras, ni su principal conato en horadar las paredes para sorprender la guarnición, fueron bastantes para acobardarla. Todo lo prevenía. Las granadas eran apagadas en el acto: los asaltantes propulsados con valor y burlados por la actividad de Duran, especialmente en las troneras, que abiertas por ellos mismos, se convertían en instrumentos de su muerte.

A las nueve se avistó en el egido el teniente coronel D. Antonio López de Santa Anna que venía á auxiliar á los de la plaza con 300 infantes y 250 caballos: presentó acción, provocó á los españoles y no quisieron salir de sus trincheras, por lo que á

las cuatro de la tarde se retiró á la hacienda de Buenavista, donde campó por disposicion del señor Herrera, y pasó allí la noche.

Dia 19.

Al amanecer volvió al egido, y se levantó una trinchera en la loma nombrada de los Arrieros, donde se enarboló la bandera nacional y se colocó un cañon á las órdenes del ayudante D. José Duran, para ver si de este modo se conseguia que los españoles saliesen, á cuyo efecto se ocultó la infanteria en una barranquilla, y la caballeria en el bosque inmediato. Mas no habiéndose conseguido el intento, á las ocho de la mañana se les rompió el fuego con el cañon, dirijiendo la punteria á su cuartel general que estaba en una de las casas de San Sebastian, y á la trinchera que guardaba su entrada, desde donde contestaban con sus fuegos de artilleria y fusileria.

En este estado dió parte Santa-Anna, y el comandante de la plaza ordenó que si no salian á la oracion de la noche entrase toda la infanteria á la plaza, y la caballeria se volviese á su campo. A las tres de la

tarde fué engrosada la fuerza del egido por el teniente coronel Miranda que llegó con 100 dragones. Y como no salieron los contrarios, fué obedecida la orden, retirándose Miranda al rancho de la Posta.

Dia 20.

Siguieron atacando la plaza, pero con mucho desmayo, y á las tres de la tarde le intimó el señor Herrera al comandante Luna se rindiese á discrecion si no queria ser atacado en su puesto. Luna contestó que formaria una junta de guerra para resolver, y se suspendieron los fuegos de ambas partes. En este intermedio entró á la plaza el teniente D. Luciano Velazquez con 100 patriotas venidos del rumbo de Jalapa.

A las diez de la noche rompieron un fuego vivisimo á la plaza, la que les contestó con igual ardor entendiendo seria esta una intentona para conseguir su fin, y de no, rendirse al otro dia. Mas no fué así. sino que aprovechándose de la oscuridad de la noche arrojaron en los posos de las casas que ocupaban todas las municiones de boca y guerra que no podian llevarse, y emprendieron

su fuga para Orizava. Mientras que la division se retiraba con la artillería, algunos piquetes menudeaban los tiros para no ser sentidos de la plaza, y duró este fuego hasta las doce y media.

Dia 21.

No sabiendo los de la plaza á que atribuir el silencio que comenzó á observarse media hora antes de la una de la mañana, se dispuso que saliesen guerrillas y partidas á reconocer la situacion de sus contrarios, y volvieron con la noticia de su retirada. Entonces el comandante de la plaza dispuso que el teniente coronel Santa-Anna con 300 infantes y las partidas de caballería los persiguiese, como se verificó con un fuego vivísimo que sostuvieron todo el camino hasta dejarlos en Orizava donde se hallaba fortificado el coronel Samaniego con la division que lo dejó allí el finado Hevia.

No es fácil acertar con el número de muertos que tuvo la division que atacó á Córdoba en estos dias, pues se ha puesto el mayor cuidado, como es costumbre, en ocultarlos. Los vestigios que aparecieron de sepul-

eros en la iglesia de San Sebastian, en su plazuela y solares, serian como 11. Se asegura que algunos contenian hasta 3 cadáveres, y así se puede afirmar que pasaron de 30 los muertos con los que tuvieron en el camino de Orizava. Sus heridos fueron 80, y se les hicieron 13 prisioneros, entre estos un teniente de Fernando VII, otro de Castilla y el padre capellan. Del partido indepediente hubo 17 muertos, entre ellos el capitan D. Pascual Garcia, el capitan Posos, algunos granaderos de la valiente Coluana, 2 patriotas cordoveses y 2 mugeres.

Los destrozos que padeció esta poblacion han sido del mayor tamaño, pues asciende á medio millon el quebranto que recibió en el incendio y saqueo.

Llegada del general D. Juan O-Donojú y del Primer Gefe.

En el mes de agosto llegó á Córdoba el general O-Donojú, y se le tributaron todos los respetos correspondientes á su rango. Despues llegó el Primer Gefe del ejército trigarante D. Agustín de Iturbide, quica fué

recibido con sumo aplauso por todas las clases. Y al día siguiente, habiendo pasado la etiqueta de estilo, firmaron estos señores los tratados de Córdoba como sabe todo el mundo.

Al otro día (25 de agosto de 1821) marchó Iturbide para Puebla, y a poco tiempo verificó lo mismo O'Donjú para Méjico. Y comenzó por fin la nacion á gustar los ópimos frutos que sazonó Córdoba en el sangriento teatro que ofreció al mundo en el prócsimo mayo. Si, Córdoba casi reducida á escombros triunfó del furioso leon que agitado de la cuartana amenazaba con su rasgada boca y ensangrentadas garras, devorar a todo el mundo. Córdoba tiene la satisfaccion de haber probado que sus murallas son el escollo fatal á do se embotan los tiros de los opresores del Anahuac. Córdoba se gloria de haber abierto el sepulero á aquel famoso militar que se jactaba de no saber que era primero, si pelear ó vencer. En fin, Córdoba se hizo libre á sí misma y á toda la nacion. Córdoba en el anonadamiento y la miseria á que la redujo la pertinacia de sus opresores, se goza en el actual sistema. Y Córdoba siempre fiel, siempre dócil, siempre generosa llena cuan-

tas obligaciones (*) se la imponen en obsequio de la patria: y aunque cercada de angustias por estar casi perdidos su comercio y agricultura; no distrie al alto gobierno con pedir privilegios ó esenciones que aunque se le deban de justicia son desagradables. Cree que con ser libre de España y haber quebrantado las cadenas de sus hermanos ha conseguido cuanto su patriotismo apeteciera.

(*) No se particularizan los grandes servicios que ha prestado de todo género á la nacion, porque seria llenar muchas páginas inútilmente.

102000 4436

CAPILLA ALFONSINA
CALLE FERNANDA FERNANDEZ A. 8-3
C. P. 06100

Se realizó esta impresión facsimilar de las MEMORIAS DE LO ACONTECIDO EN CORDOVA, con la colaboración económica del propietario del único ejemplar conocido de la que consideramos primera edición, no mencionada hasta la fecha en ninguna bibliografía, señor Fernando Rodríguez y los señores Carlos Rodríguez, licenciado Wilfrido Pérez Bautista, licenciado Manuel Abascal Sherwell y Gabriel Saldívar, quien cuidó la edición, la que se acabó de imprimir el 24 de noviembre de 1958, en los Talleres de Offset de "Tesis Reséndiz", ubicados en la calle de Motolinía 8-3 de la Ciudad de México.



CAPILLA ALFONSINA

1838



CAPILLA ALFONSO NA

